



Miguel Arteche

Solitario, mira hacia la ausencia

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Miguel Arteche

Solitario, mira hacia la ausencia

Volveremos en Otoño

Por la noche, de nuevo por la noche solitaria,
vuelves trayéndonos callado
las cosas sepultadas, de nuevo tú regresas,
y escucho los adioses, los barcos, las despedidas.
¡Vuelve, vuelve, noche apacible,
reclínate a mi lado, mientras afuera el viento
arde con las memorias! ¡Oh juventud siempre herida,
herida de amor abandonado, mira cómo el viento
regresa trayéndonos la muerte de los días,
y abril sobre la tierra regresa y aparece
el humo sobre el aire: los suaves resplandores
de las nubes deshechas alejan la alegría!

Ha vuelto abril, abril ha regresado
y el río arrastra todo. ¿Dónde llevas las vidas,
dónde llevas las vidas de los hombres, adónde
lanzas sus cuerpos? Río, río maldito,
abril te ata y lanza sobre los corazones
de los hombres que duermen.

Ahora, cuando las cosas retornan;
cuando las bocas muerden la amargura sedienta
que el amor ha dejado, oh viejo abril
de las partidas, de los enamorados, de los amantes fieles,
viejo abril, he regresado a mi casa
a escuchar los aullidos de tu viento de otoño,
mientras, tendido, escucho el ruido de los trenes
que pasan hacia el sur, y la lluvia deshecha
llega con boca insomne y solitaria.

Y ahora he vuelto, he vuelto como todos
los que en otoño vuelven, como todos
los que traen el regreso entre las manos,
porque en otoño todo el mundo regresa,

y abril está sentado sobre las puertas de la tierra
esperando a los hombres: todas, todas
las vivientes angustias de la tierra retornan,
y yo también he vuelto y ha vuelto abril de nuevo.
¡Oh juventud ausente!, ¿volverás tú también?

¿Acaso no te había visto antes, acaso
no acompañaste el hondo frenesí de la sangre?
¿Acaso no guiaste el corazón deshecho
por el gusano ardiente que lo devora todo?
¿No me llevaste un día para alcanzar sediento
la promesa de carne transparente?
¿Acaso no desgarraste, con varias primaveras,
las manos, los ojos, y quedaba
entre los huesos un deseo que huía?
¿Volverás tú también otra vez, como entonces,
a asesinar los sueños, a verter
el lascivo relámpago sobre una tierra estéril?
¿Volverás tú también, oh juventud ardiente,
a subir a las colinas en las horas secretas
de las tardes lejanas? ¿Volverás a cantar
en los trenes, en las calles oscuras de los vicios?
¿Volverás a escuchar las risas desoladas
y profundas de mujeres blancamente carnales,
mientras el aire trae el acento a la muerte
y retorna la cálida promesa
del deseo en los labios de alguna primavera?

Porque has vuelto, porque hemos vuelto
a los lugares amados, porque todos volveremos en otoño
a los seres que quisimos, porque has vuelto,
oh viejo otoño; porque has regresado, oh dura amante,
déjanos descansar de nuevo ahora que el regreso
trae para nosotros las promesas gloriosas
que a otras tierras llevamos. ¡Oh viejo recostado
sobre las puertas de la tierra!, hemos vuelto
con las bocas amargas para encontrar de nuevo
que todo estaba igual, que nada ha cambiado,
que no hemos envejecido. Y yo también he vuelto
y ha vuelto abril de nuevo. ¡Oh juventud ausente!,
¿volverás tú también?

Canto de partida

¡Recíbeme, recíbeme en la noche, oh viejo viento de junio,

mientras regreso bajo las suaves estrellas silenciosas;
viento amado del invierno, viento de lluvia y eco,
recíbeme hasta el último suspiro de tu pecho,
y, ahora que regreso, oh noche, espérame en tu puerta!

Y de improviso todo el viento se ha soltado,
todo el viento se ha puesto a gemir por la tierra,
pero a mi lado, mientras regreso,
alguien resguarda mis pasos,
y siento una suave sombra
venir hasta mi encuentro.

¿Eres tú, fuiste tú, eres tú en esa noche,
eras tú en esa triste, delgada espera sombría,
eras aquel fantasma que surgía en mi cama
a medianoche? ¿O eras una mañana
llena de fugitivos pájaros
que pasaban amándose sobre el asfalto fresco?
¿Eras tú, fuiste tú esa pequeña
llama que por mi espalda sentía silenciosa?
¿Eras tú, amor final, amor que nunca
resbaló por tus ojos -¡oh luz ausente y querida!-,
eras como ese encuentro que el amor abre a tajos
para dejar ternura con soledad y frío?

No, no eras eso. Pero tal vez fuiste eso.
Tal vez abres los ojos para mirar la suave
luz de otra primavera pasada por tus ojos;
tal vez sientes de nuevo que el tiempo no ha pasado
por tu cuerpo delgado (o que tal vez ha pasado),
tal vez preguntas algo, y en tu boca se duerme
como otras veces la trágica y oscura luz de la ausencia.

Amor olvido, amor lluvia, amor deseo, amor distancia:
he regresado a mi casa, atravesando
el parque silencioso, bajo las sombras
de junio -cansado y solitario-,
mientras giraba todo en mi cabeza
como las hojas que escapaban: cantando
por adentro, pensando qué es lo que fluye,
qué es lo que parte, qué es lo que vuelve;
y aunque me he perdido sin nada, con algunos
nobles amigos, sin poder retener
lo que vivieron y amaron y compartieron conmigo,
pido sólo el temblor del viento entre la tierra
húmeda de este parque bañado por los pasos
fugitivos: amor viento, amor agua, amor distancia.

Temblando fue la estrella recorrida, temblando.
Temblaba el cuerpo estrella ceñido entre mi labio.
Temblando mi distancia se acercó a tu distancia.
Temblando entró el recuerdo desde que nos encontramos.

No quiero volver, no quiero
regresar a tu vida, pero tal vez quiero
volver a tu distancia. ¿Recuerdas que me hablabas
desde un lugar lejano, aunque estuvieras cerca?
¿Recuerdas que estudiabas con tormento
cuando en el patio la lluvia
empezaba a caer, menudamente, y los viejos compañeros
corrían a refugiarse al corredor marmóreo
y espectral, en la luz del invierno?
No, no recuerdas, pero yo recuerdo
el vidrio frío donde apoyaste tu mano
para dejar apenas una ráfaga triste
y encendida y lejana.

Y ahora ha llegado junio y en la noche callada
miles de corazones duermen en la penumbra,
y recuerdo la dorada leyenda de los años
de juventud furiosa en la ciudad, las tardes
de verano ardoroso, los pies sobre escaleras
de metal, los avisos eléctricos cansados
con pupilas de rojos párpados, los libros
de poesía mordidos en la noche. ¡Y ahora, adiós,
adiós calles, adiós conversaciones
sobre el destino del hombre, adiós señuelo amargo
que encandiló los ojos de nuestra adolescencia,
adiós suave medusa, adiós puerta cerrada!

Es la hora, es la hora en que debemos morir;
es la hora para rodar en la noche
abrazados, besando de estrella a estrella,
de furia a furia, de hueso a hueso;
es la hora para apretar la angustia
de pecho a pecho, para dejar la muerte
derrotada, perdida, moribunda en el suelo;
es la hora para morir cantando
de nuestras muertes; es la hora para que tú dejes
tu muerte entre mi muerte, amor, amor mío.
Quiero el amor dejar escrito entre tu pelo,
quiero dejar ardiendo tus ojos silenciosos,
para que no haya olvido, porque es la hora
en que debemos morir, es la hora

de la partida, sí. ¡La hora, la hora, por favor!
¡La hora, por favor, dígame, dígame el tiempo
para rodar cantando, apretados, mordiendo,
para rodar los dos en una sola muerte!

Desde donde no vuelva

Regresa por las calles llenas de luz naciente,
tierna luz bajo el suave mediodía,
por las calles desiertas,
donde sólo los pasos se recuerdan
unos a otros, y arde
la llama del regreso en los hombres perdidos.

Nada hay aquí para mi sombra, tierra.
Nada hay aquí para el deseo, mano.
Nada hay aquí para juntar los cuerpos,
y otra vez la angustiada daga del tiempo muerde
las desoladas manos, y otra vez la distancia
desde tu cuerpo joven, y, desde ahora, un silencio
llena de suaves besos las calles solitarias.

Alguien se aleja y alguien
más lejos se adormece que aquello que recuerda
tu propio cuerpo solo; y es tu distancia ahora
la que falta, la que escapa: la que olvida
que en un tiempo besaba y habitaba tu cuerpo,
para que otro la recordara y la hiciera presencia,
y desde ahora a un silencio
le falta otro silencio,
y desde ahora no hay nada sino las luces tiernas
del tiempo que se ausenta,
y desde ahora a unos pasos
les faltan simplemente otros pasos.

¿Qué mano de la tierra, qué inmensa mano triste
coloca entre los cuerpos los ríos fugitivos,
las cosas que resbalan de los dedos,
la lluvia repentina?

Y queremos dar la vuelta,
y *no hay lugar*,
y retroceder a los años perdidos,
y *no hay lugar*,
y entre los cuerpos queda sólo

un rumor de espadas rotas,
y *no hay lugar*,
y en las distancias sólo queda
un recuerdo de distancias,
y *no hay lugar*.

Regresa, regresa por las calles llenas de luz naciente,
desde ahora ausente del tiempo,
por las calles, desde donde no volveremos,
por donde no volveré,
hasta que sople el tiempo
y no haya lugar
sino para dejar la distancia que he perdido.

Amargo amor

Teje tu tela, teje de nuevo tu tela;
deja que el mes de junio azote el invierno de mi patria;
teje la tela de acero y de cemento;
junta tus hilos uno a uno, oh hermoso tejedor;
forma tu tela con fuertes lazos,
con orgullosos rastros de sueño.

Toda la tierra está en las colas del amor;
en las ciénagas del amor podridas están las manzanas.
Cada día tiene un eco, un paso, un rastro, gemido;
cada día la estancia recibe la visita del cuerpo en el lecho;
cada día hay una mano que desnuda;
cada día descansa la ropa en las sillas brillantes por el polvo.
Teje tu tela, oh hermoso tejedor;
teje los restos de los cuerpos que se unieron.

Entre tus hondos pechos de relámpagos quietos,
entre tu vientre oculto de cesto dividido,
en la cálida ráfaga que viene de tu abrazo,
fui un día tu sombra, el "cuándo" entristecido,
el "adónde" que lleva hacia una muerte cierta.
Ya moriré algún día sin preguntar qué pasa,
qué pasa entre tus hombros, en el temblor de espiga
de tu escorzo de nieve,
qué viene por los ecos que acarician tu pelo,
qué flechas encendidas acumulan tus manos,
qué enamorado encuentro ha de tocar tu beso.

No es para volver, no es para cantar
sino tu verde corazón transfigurado,

la melodiosa sombra que duerme en tus pupilas,
el afán escondido que tenía tu ausencia.

Recógeme, amor mío, con tus cálidas plumas;
recógeme y húndeme tu ternura llagada;
colócame en tu olvido, recógeme cantando.
No es para que preguntes, no es para que indagues
el sitio donde puse mi corazón hundido;
recógeme, ahora, para estar en lo ausente,
sin preguntar qué ocurre, qué pasa, por qué vuelves
tu cabeza de ausente firmamento.

Cae ahora hacia mi lado; vuelve
a dividir tu cuerpo, a derramar tu furia,
hasta que te estremezca el nombre del combate
que a muerte libraremos, esa pasión a muerte
entre tú y yo: un huracán de manos
nos hallará apretados en los dones sin término
de una tierra total.

Retrato de una estudiante

Todas las cosas del tiempo, todas las cosas del viento,
vibran entre las suaves calles en el crepúsculo.
Nombres derramados, habitaciones solas,
viejas conversaciones derramadas un día,
voces de mis parientes, una tarde que sale
desde el mar sumergido, la soledad de la arena
a mediodía bajo la luz del sol ardiente:
sobre el caudal lejano de mi memoria irrumpen,
mientras escucho ahora las campanadas hondas
surgir desde muy lejos y el tiempo que se lleva
sobre el río las cosas del hombre y su trabajo.
Fluyen, caen, se escapan
las vidas silenciosas, y sólo el río se oye
rodar bajo la noche sin detenerse, oscuro,
en dirección al mar, al mar que muere un poco.

¿Es el viento el que aúlla sobre la mar delgada
de las caras marchitas? ¿Es el viento el que escapa
sobre las hojas muertas que arrastran sus tormentos,
en el oscuro y triste mes de abril que presencia
las cosas desvanecidas, la caediza estela
de la niebla moribunda? No hay presencia en su cuerpo;
no hay ríos, ni tierras, ni barcos, ni crepúsculos;
sólo hay un tiempo amargo que miro aquí en la tarde

bajo la luz eléctrica mientras allá en la esquina
dos estudiantes pasan cantando suavemente.

Y ahora irrumpe, irrumpe la cansada vida
de mi memoria, y ahora pienso, leo, y mientras canto,
o me miro al espejo, o rezo, o cuchicheo
grises palabrerías con una vieja amiga,
escucho ya los sonidos silenciosos
del pueblo de mi infancia, oigo las notas, miro
los rostros y los gestos de mi familia, y vuelve
su rostro joven; su mirada
regresa entre los ecos de la calle, penetra
mis ojos que le vieron partir oscuramente.

Quisiera recordar tantas cosas: el amor desolado
que yo entregara un día; cómo quisiera darle
la ternura, entregarle palabras
como las que él mismo un día me dejara,
y no esta cansada lejanía que escucho
rodar desde la noche, ahora que contemplo
las construcciones rojas de ladrillos que esperan
una vez que el día ha terminado. Y recuerdo un tranvía
que rodaba, metálico, con su carga cansada
-a las tres de la tarde, un día de verano
ardiente y doloroso-, y en la calle quedaba
el silencio, la siesta del sometido asfalto.

¡Escucho las alas del tiempo que desciende
en mi pobre cabeza! Una, dos, tres veces siento
el batir de sus alas:

¡Una vez en la noche!
(Hasta que el tiempo vuelva.)

¡Dos veces en la noche!
(Hasta que el tiempo escape.)

¡Tres veces en la noche!
(Hasta que el tiempo muera.)

Y ahora veo a mi madre, los vestidos usados,
las canciones de una tarde en la sombra
para el tiempo angustioso; miro los escenarios
que un día frecuentaba, el telón, las butacas,
esperando, esperando, las clases interrumpidas,
las gloriosas mañanas, la música querida;
y todo se aleja cabalgando
de mi memoria ausente, y todo vuelve

lentamente a traerme un poco de nostalgia
y de alegría efímera.

¿Es el viento el que pregunta en la noche?
¿Es el viento, es el viento el que interroga
sobre mi triste y débil cabeza de muchacha,
es el viento el que reúne estas cosas lejanas
en mi cama pequeña? ¿Es el viento el que escapa
cerca del patio viejo? ¿Es el viento el que vuelve?

No. Nada vuelve. Nada ocurre. Pero todo sucede
a veces en la noche. Y si regresa el tiempo
una vez, dos veces, tres veces, en la noche:

¡Una vez en la noche!
(Hasta que el tiempo vuelva.)
¡Dos veces en la noche!
(Hasta que el tiempo escape.)
¡Tres veces en la noche!
(Hasta que el tiempo muera.)

Encuentro en el anochecer

Bien dispuesta la escena, todo brilla; las luces
tenues fingen siluetas como frente a un estanque.
Es la noche que descende gloriosa
por la ventana; el viento azota las paredes:
la risa desde el fondo de la calle que tiembla.

En la pieza no hay nadie. La puerta cruje y se abre.
Pasos, pasos de nuevo; voces de nuevo,
tranquilamente vuelven, decididas
para el amor que aguarda. La escena está dispuesta.

*¡Cuánto tiempo sin vernos! La voz de ella se rompe
y apenas si contiene un sollozo que nace.
Vuelve el rostro y espera. ¿Te acordaste, lejano,
de un nombre que mordía tu nombre en la distancia?
Pero qué importa ahora. ¿No es cierto? ¿No te importa?
¡Qué estúpida esa risa que de la calle viene!*
No hay nadie, ahora nadie contesta, nadie,
nadie responde. *Entonces, ¿por qué, por qué has vuelto?*,
interroga de nuevo. Por las aceras sucias
un viento arrastra largos papeles de periódicos.
Todavía me pregunto por qué he vuelto si nada

*queda ya entre nosotros, dice el joven, y el viento
tiembla en su cuerpo viejo.*

Han estado perdidos, pero ahora regresan
a un lugar donde todas las cosas suceden.
Pero no hay nada que decirse.
Él se arregla el pelo, estira su vestido.
El silencio recoge su puñal y asesina
la distancia que duerme entre esos dos cuerpos.

¿Qué ha quedado en la pieza,
y, ahora, entre las luces de la calle mojada,
recordarán qué gestos, qué cosas, qué recuerdos
vivirán por un tiempo. breve de hastío y sueño?

Estás muerto y preguntas frente al muro

Oyes voces lejanas a medianoche. Escuchas
un grito oscuro, helado, de hace ya quince años
en tu tierra perdida. *¿Qué hay, qué hay de la noche?*,
preguntas por la sombra. Y alguien responde lejos:
Viene la madrugada, viene la noche.
Preguntad otra vez, porque parimos
sólo viento en palabras. Borrando está la noche
la memoria y el tiempo de nuestros sucios nombres.

Tendido estabas recordando el grito desbocado
de aquella extraña primavera. ¿Fue el silencio
de memoria inundado? ¿Subió la enardecida
sangre con aquellos recuerdos
por tus venas quemadas? Ay, no adivinaste
el frenesí envolvente de las calles del mundo,
y tomando, sin que nadie te viera,
de un solo trago el río
seco de tu soledad,
mordiste amargamente tu imposible retorno
a los días de silencios.

Una roca desierta que el sueño del tiempo
cubre, una calle desierta
que el eco de los pasos puebla de nuevas soledades,
eras bajo la luz extraña de aquella primavera.
Sí, despierta, despierta;
no has de encontrar sino el muro desierto,
las voces desiertas,

las calles desiertas,
y ahora aguardas tembloroso
una palabra sola,
y frente a ese muro creas
la forma de ese cuerpo que bebieran tus manos.

¿No creció tu amor bajo la verde
luz del bosque, en la distancia
temblorosa del lago, por las vagas
promesas de secretos placeres que temblaban?
¿No fue quemado el ciego
deseo de escarlata
en nieve estéril y en fugaz ceniza?
Y ahora muerdes las sábanas
como buscando la figura de un amor putrefacto,
y no hay nadie,
y golpeas con los puños el muro
y no hay nada,
y un no sé qué de llantos se hace duro en tu garganta,
y no esperas a nadie,
y el ahogado grito del placer compartido te rodea en la noche que avanza,
y no hay nada,
y no hay nadie.

¿Dónde se encuentra ahora el grito desolado
que conoció la luz de aquella madrugada,
en la incesante oleada que penetró tus huesos?
¿Dónde está la lluvia que oías en la noche
en el regreso del antiguo abril deshabitado?
¿Dónde el cuerpo en el clamor del lecho?
¿Conociste en la entraña de tu madre ese rostro
de tu hermana, cuando estabas rodeado
de una noche perenne?

Y el grito cayó sobre la cordillera poderosa de nieve,
surgió de las tardes sobre las colinas purpúreas,
cayó bajo los edificios solitarios,
ardió sobre los trenes que rompen la lluvia y la memoria de la lluvia,
penetró tu pecho,
y sobre tus ojos,
en la nocturna furia de la muerte sobre el amor que anudamos,
rodaron tu olvido y tu distancia.

Esta es la noche que recuerdas
y la recuerdas solitario;
pero es tu noche, la única que has perdido
y la única que conquistaste.

Y no hay nada; viene la madrugada,
viene la madrugada y en tu memoria ausente
la ternura se aleja, se pierde enloquecido
lo que el carnal puñal del imposible encuentro hizo lejano,
y estás muerto,
y aunque preguntes en la noche
estás muerto,
y aunque hables y preguntes y te desesperes
estás muerto,
y tu amor está muerto, aunque no haya nacido,
y tu noche está muerta,
y frente a ese muro ocupas un espacio futuro.

Los días que la ausencia ha devorado

Nunca olvidarás la calle bajo la luz extraña
de septiembre, una tarde; no olvidarás
olores del café que dormía en la taza,
pero tal vez olvides algo, tal vez se ausente algo.
Y ahora sólo escucho el sonido de la noche
que cae de la playa, y no hay nadie,
nadie que te recuerde, nadie
sino los vientos
marítimos, las voces de los niños, y el perro
que duerme todo el día como espejo aburrido,
nadie sino el azul dormido por la playa.

Entonces la penumbra rodeaba los sillones
y desde alguna parte la música subía,
la música mojaba tu ardiente corazón,
y desde alguna parte, desde una parte gloriosa,
tu voz que conversaba derramaba los días
futuros de nuestras vidas, acentuando, invisible,
lo que apenas pensaba la memoria lejana.

Compañero presente, no queda nada
sino el silencio de la casa,
los días que el amor ha devorado,
tu rostro que brilla en las paredes
acentuando la nostálgica luz de la luna,
los pasos que acercaron su carga de deseos
hacia el río desierto; y sólo el eco
de esas largas conversaciones rotas
en la orgullosa y perdida tarde final de un año,
las palabras llenas de alcohol bailando
delante de nuestros ojos; es decir, queda un nombre

que recorrió veredas sucias, pobres, tiznadas
por la luz de un crepúsculo;
y ahora, compañero, las mañanas ansiosas
de estudio interrumpido caen entre mis manos
y desde el parque viene la bocanada amarga
de aquello que responde sólo a un pasado muerto.

Abrid, abrid las puertas silenciosas
que el tiempo no ha tocado; dejad que entren los cuerpos
a ocupar su lugar; dejad que el lecho curve
un arco distendido de pieles ardorosas;
dejad que alguien devore los días. Sólo queda
en la casa de antaño un viento que recorre
cuerpos aletargados: un viento que levanta
días donde las ciénagas reciben cuerpos muertos,
días que retroceden del día que dejaron,
días que sostenían una nueva estela,
una burbuja apenas
sobre el agua callada que alguien bebiera solo.

Los rostros perdidos

A Juan Lanza

En la noche desciende sobre el rostro dormido
la marea del sueño, las lágrimas reposan
en los ojos cerrados y un ángel fluye tenue.

¿Dónde están, en qué parte resuenan
las campanas lejanas; las manos de la lluvia
dónde despiertan ecos de cristales mojados?
¿Dónde caen las uvas, quién recoge castañas,
en qué parte los ríos reciben a los muertos?
Ya no están. Un sollozo los cubre.
Alguien ha recorrido sus cuerpos solitarios.
Un gran hueco de cuerpos cristalinos
ha quedado en el aire; y una ausencia angustiada
recorre los solitarios dormitorios, la antigua luna,
las mesas donde elevaron el pan amargo,
el sueño que desprendieron de sus ojos cansados,
el sonido de canciones lejanas, el amor que perdieron
o ganaron cansados al laso de algún cuerpo.

Viejo junio, sacude las barbas sobre el cielo.
Mis compañeros, los que amaron y odiaron,

los que tenían guardado un no sé qué de olvido,
duermen bajo tu rostro, y faltan, y ya no están.

Casi nada es un cuerpo, pero también casi nada
es una risa, un sollozo, un apretón de manos,
el calor de unas sienes, la huella que ha dejado
la mano sobre el mármol, porque el rostro de junio
ha besado las cosas, y, entre las hojas, tiemblan
los misterios perdidos, los fantasmas deshechos,
las viejas cosas muertas que un día nos rodearon.

¿Por qué un golpe de lejanía
regresa hacia mi boca, por qué la ventana oculta
rastros de viejos rostros; por qué en cada cara veo
un niño envejecido, una vieja muchacha?
Suenan las campanas, ¿quién las toca en la noche?
Bajan los rostros solos, ¿qué se hicieron los ojos?
De nuevo las manzanas caen sobre la tierra:
un viento angustiado mueve las frutas desoladas,
pasa sobre la frente de los dormidos solos,
azota las maderas que duermen en los ferrocarriles.
Desde los grandes bosques que muerden los incendios
hay algo que responde; desde el fondo perdido
algo tiembla y sube por el volcán furioso.

Vino y se fue el verano: la noche, ¿dónde muere?
Vino y se fue la sombra: el cuerpo, ¿dónde yace?
Flotan en la corriente los días de la tierra.
Vino y se fue el deseo: la mano, ¿dónde besa?
Vino y se fue el olvido: los ojos, ¿dónde miran?

Una mano de besos vegetales recoge
vuestros cuerpos dormidos, un estremecimiento de algas
en la efímera vida de la espuma marina.
Y en la tarde del mar una sombra de rocas lascivas.
Hay un algo que tiembla detrás de las colinas.

¡Cuántas veces el silencio se curvó en vuestros brazos
y los lirios nacieron, regresaron un día
nutridos de vuestros ojos, inmortales
en su hermosa brevedad! ¿Quién podrá de nuevo
tocar la mano herida que un día levantaron?
Alguien murió en la noche, y, por los bosques, siento
un ruido interminable de pasos que regresan,
y un amor en cada paso, un sonido de cuerpos anhelantes.

Dadme sólo un sonido de vuestros cuerpos.
Dadme un poco de sueño, un poco de vuestra angustia.
No puedo despedirme. Quiero poner ahora
una brisa de otoño, de rojo otoño triste,
en vuestras sienes áureas. Quiero dejar la muerte
tendida a vuestros pies como un viento cansado

Nocturno en la distancia

Ahora, allá en los años, en los lejanos años,
desde ese tiempo de oro, desde esos días altos,
vuelves, niño lejano, tapia bajo la luna.
Regresas a esta ventana, tarde llena de viento
sobre el mar. Regresas, noche llena de angustia,
y doblas tu cabeza, oh niño ya perdido.

¿Dónde estarán los seres que atravesó tu infancia,
desde dónde regresan, desde dónde la nieve
que ama el volcán lejano penetra por tus ojos?
¡Oh fauno impalpable, caza los restos
de los perdidos rostros, júntalos esta noche,
reúne sus amores, sus mentiras, sus rabias,
y deja que yo acaricie aquello de sus vidas
que en otro tiempo pude haber amado; deja
que viva en cada uno -¡oh cazador nocturno!-,
deja en mi pecho ahora para siempre una noche,
y por lejanas costas, en países sin nombre,
déjame que abandone un poco de mi muerte!

Distancia de dos

¿Desde dónde surgiste para encender la llama
sobre la nieve sola? ¿Desde dónde los suaves
besos se levantaron sobre tu piel perdida,
enamorada sombra de unos días lejanos?

Cuando hacia ayer subimos, bajaba tu silencio
de la nieve y los ríos. No teníamos nada
sino un pasado apenas dibujado en el cuerpo
y un encuentro de estrellas dormidas en las manos.

Tiembla el viento en la noche, tiembla otra vez la noche
bajo el ansia que vuelve. Temblabas de nostalgia.
Amor, hasta la muerte la noche se hizo tenue,
se hizo larga caricia sobre tu pelo amargo.

Lo distante es aquello que apenas ha pasado.
Por eso nombro ahora la primavera lenta
que subiste cantando, sin nada más, con viento
sobre la enamorada distancia de los campos.

No sé, no sé hasta dónde quedaré repitiendo
tu nombre, la mirada de tus ojos distantes,
fugaz entre la dura cordillera de nieve,
presente ausencia apenas derramada en mi brazo.

No sé, no sé hasta cuándo durará la distancia
y ese espacio de adiós dormido en tu garganta.
No sé, no sé en qué tiempo se hará ceniza y humo,
amor, bajo la noche, todo lo que juntamos.

Thomas Wolfe camina por virginia

A Guillermo Trejo

A través de la noche vas dejando tu ausencia,
sin hojas que desde el bosque anuncien lo que has dejado,
sin puertas que penetren tus pasos oscurecidos.
Oh impalpable, oh músico de viejas y enterradas ciudades,
escucho, uno a uno, tus pasos bajo la noche
-la noche sobre Virginia- cuando llegaste a Richmond
mordiéndolo tu corazón, abandonado en vida
como una profunda ola en un mar lejano.
Pardas y tristes glorias cubrieron tus tristes ojos.

*We shall not come again.
We never shall come back again.*

No pasarán los aires sobre tu lento cuerpo.
Tú, el más extraño, el eco de un amor oscurecido,
el más lejano en tu aventura por la tierra,
ven a recibir la mano que no encontraste,
ven a abrir la puerta, ven
a recordar los nombres que en tu memoria huyeron,
ven a buscar el niño delicado y confuso,
perdido en la colina,
ausente porque el tiempo pasaba entre los arcos.

Desde entonces, desde ahora
entras sobre la mano rugosa de nuestra América,
Thomas, Tomás, apellidado angustia,
Thomas, Tomás, apellidado furia,

Thomas, Tomás, apellidado muerte;
vienes sobre los hombros del caballista duro,
caes sobre los pasos cansinos del solitario,
cantas en los fogones tu extraña vidalita;
Thomas, Tomás, tu cuerpo se ha extendido
y en la noche profunda tú has mordido el relámpago
y has muerto de la última muerte que deseaste.

*We shall not come again.
We never shall come back again.*

En el océano lechoso de una antártica niebla
un día atravesaste los caminos de Francia.
Fuiste sucesivamente rompiendo tu vida,
fuiste destrozando callado el aire que te rodeaba:
eras demasiado amor para el estrecho círculo
de Asheville, de Park Avenue, de París o de Londres,
eras demasiada angustia para Esther desolada:
Mrs. Jack, su mundo planetario,
la joya derrotada de su amor en la noche.
Oh corazón: pregunta en nuestra América oculta
si tu efímero sonido de hombre destrozado
encontré, por fin, un eco que se volviera piedra,
un canto hecho de furia, un canto hecho de viento.

Virginia, los pinos de Virginia, las playas con secretos,
la estación neblinosa,
el mar como mujer dormida:
todo pasa a tu lado, pero tu amor persiste;
cada paso tuyo es un paso hacia la muerte,
así como los tristes fantasmas de las hojas
tras tu espalda cansada, así como esperan
al llegar a tu casa la muerte de tu hermano.
Y alguien entona al tiempo de morir solitario
una antigua canción de angustia y de nostalgia.

*We shall not come again.
We never shall come back again.*

Vuelve, vuelve ahora, reposa, hermano,
para que desde lejos, de todas partes vengan
a recibir tu cuerpo que traspasan las sales,
para que pongan calma en tu cuerpo dormido,
para que llenen de música tu nombre,
para que cubran de silencio tu angustia.

Tierra ausente, no has de volver jamás

Por eso, cuando el vientre sinuoso del alcohol te rodea;
cuando las luces de las calles resbalan por tus ojos
como extrañas bocas planetarias;
cuando -con los puños ardientes- preguntas por el pasado que te escupe las entrañas,
tú escuchas, bajo el eterno
y solitario corazón de la noche,
el respirar, la angustia, las historias anónimas
de millares de cuerpos ya desvanecidos
bajo embelesos negros y el incansable
sueño del tiempo que hunde sus cinturas heladas.

¡Si pudiéramos volver, si en los amargos grumos de la noche
oyéramos el incesante rumor distanciado
del tren que avanza al sur! ¡Si fueses tú el que vuelve,
en la inminencia fría de nieve melancólica,
sin nada más! Pero ¿por qué el regreso,
para qué ese silencio de otras caras marchitas
que han de mirar sin conocerte? Preguntarás en vano,
porque eres un extranjero en el hogar de arena
que elegiste. Dirán con gestos de cansancio:
¿Quién es este que vuelve encallecido?

Y ahora recuerdas el regreso de la vieja tormenta que sacude la casa.
Sientes la jubilosa garganta de la tierra
en octubre encantado, cerca de los volcanes.
Oyes la voz helada, las funerales sílabas
del padre tenebroso que nunca conociste.
Recuerdas unos inmensos ojos de ternura inclinados
al borde de tu noche. Y la tormenta oscura
-que muerde, temblorosa, la casa desierta-
vuelve a inundar las piezas solitarias.
Aparece en el cielo el incendio de los bosques;
las cenizas cubren la provincia. En la mañana
te despiertas y escuchas las campanadas
de la lluvia y el violento
golpe de las ciruelas al caer en el suelo.
Oyes que los vecinos comentan, sigilosos,
los recientes temblores, y un hálito de brujos
corroborar sus voces. De improvisa, y gloriosa,
ves surgir la mañana -rápida, limpia, fría-
sobre el azul secreto del lago, y en sensuales
sábanas desperezas tus miembros recordando
la herida del amor y de la amante.

¡Oh, vuelve,
vuelve, mágica noche, si abrazados rodamos
por un espacio tibio! ¡Mágica noche tuya
y del amor, ya nunca ha de caer tu tierra
rota con hachas asesinas! ¡Ya nunca, oscura boca,
has de volver a destrozar olvidos,
mientras el tiempo oscuro te trae, silencioso
-en esta habitación que el Guadarrama mira-,
reunidos recuerdos! ¿No escuchaste en la noche
la voz del pájaro maligno perdido entre los bosques,
no sentiste el brutal desgarrón de la sangre
en cierta primavera, cuando te despertabas solo
y un tibio resonar de inmortales promesas
y deseos te mordían en el lecho?

Y ahora sólo el sueño
y la ausencia del tiempo tiemblan en tu garganta.
La prodigiosa, insondable, luz de Castilla surge,
brota desde la tarde y sin embargo vuelves
las memorias a inmensas cordilleras de nieve.
¡Oh días de promesas solitarias sin nombre
junto a la lasciva nieve, mientras la rata muerta
del silencio se alzaba desde la cordillera!
¡Oh retorno imposible de la amante escondida
que sepultada yace buscando unas raíces!
Oyes las voces de muchachos que vuelven
de un verano marino y un letargo de arenas.
¡Oh, gira, gira, noche!,
¿no estás tranquila, no esperas nada
de todo lo que duerme detrás de aquellos pasos
sembrados en tu pecho? Y algo se mueve ahora
en la noche y recorre los corazones yertos,
y algo grita en salvaje, desconocido llanto,
el lenguaje de oscuras profecías. Y sientes la madrugada,
la inevitable y gloriosa y desierta madrugada.
¡Oh tierra, tierra ausente, no has de volver jamás!

Un estudiante mira a su pasado

Hay algo en la distancia que aparece lejano.
Sobre el suave diciembre,
y en la tarde callada, una mano furtiva
las llamas encendía de algunas vidas muertas.

Pasan breves cinturas y libros enlazados
como pequeñas manos de juventud ausente.

Bajo los aires de oro pasan dioses cantando,
el futuro lejano en sus pupilas rotas.

Como ahora,
como ahora los patios
yacen desiertos y alguien
suavemente acaricia
los bancos, las pizarras;
como ahora
la virgen tiza esconde su muerte polvorienta;
como ahora una mano
descarnada
fosforece en la noche
y escribe, a grandes rasgos, la muerte en las paredes;
como ahora no hay nadie:
ni turbios profesores de fácil labia sucia
a quienes olvidaron las salas soñolientas,
ni nerviosas esperas, torturantes esperas
por un podrido examen que ha de cambiar tu vida;
como ahora no hay nadie,
como el turbión de notas polvorientas de rojo,
blanco, negro, se pierde, disfrazado de sueño,
por la noche final de un año que termina;
como ahora está solo
todo aquello, sin eco
poderoso que escupa
la respuesta al pupitre silencioso y señero,
mi corazón estaba,
estudiantes,
inclinado al pasado;
la savia
de vuestros nobles cuerpos subía por mi sangre.

¿Recuerdas tú la lluvia
cerca del río, un día
derrotado por otros
días tristes? ¿Recuerdas
la vieja sangre llena
de memorias ardientes,
el espejo sediento del pavimento amargo,
las ruedas silenciosas que dejaban distancias
en la huella mojada?

Ay, sí, recuerdas, recuerdas
tus mismos compañeros:
tus libros, que ahora el tiempo

cubre de canas letras:
las muchachas que llevan viejas fotografías.

Noche, noche, compañera mía,
perfecta mía:
ha dormido el rocío,
y hasta que sople el día y las sombras escapen,
y hasta que fluya el eco y mueran esos pasos,
tendré entre los cabellos las gotas de sus noches.

¿Adónde? ¿Hacia qué parte? ¿No hay nadie que responda?

Un viento recorre la tierra

Hoy baja lentamente desde el rostro del aire
la fugitiva estela de una hoja
del octubre español. El aire es ya distinto
y una ausencia de todo
vuelve sobre el silencio de la calle,
vuelve sobre la magia del oro que levanta
entre sus dedos el otoño, vuelve sobre los pasos
que van dejando una desconocida
y solitaria huella y la crónica de humo
de nuestra vida que arde en lejanía.
Hoy lentamente las hojas se retuercen
cansadas, soñolientas, oyendo el incesante
pasar del río, y todo en nuestros ojos
vuelve de nuevo a ser como en un tiempo ha sido.

¿Quién devoró la ansiedad enamorada,
quién impulsó en la calle los deseos?
Detrás de las cenizas de las tibias
orejas femeninas ¿quién encontró la muerte?
Y detrás de aquella muerte
¿quién encontró de nuevo el frenesí?
¿Quién con hachazos tiernos, con puñales suaves
cayó a la tierra amarga y femenina
para encontrar un muro sin respuesta?

No puede ser posible, pero ¿de dónde
apareció en tu boca el frenesí? ¿Quién te arrastró
por las desiertas calles, por los lechos,
quién entre las ociosas
brumas de algún otoño -que te recuerda
este presente octubre- besó tu frente
solitaria, tu juventud ya casi imperceptible?

No, no puede ser posible el tiempo;
no puede ser posible, amor, que tú te acerques
para olvidarnos anudados; no puede ser posible
que la amarilla y solitaria gloria
de tu cabello arrastre enloquecido
un ángel de ceniza; no puede ser posible
volver al frenesí que desató tus brazos;
no puede ya la lluvia estar acumulada
y asombrada entre tus ojos; no puedes con temblores
tentar mi frente y escribir en ella
la herida ardiente, la indeleble huella
del más fugaz amor; no puede ser posible
la cólera de angustia después de las partidas;
no puede ser posible querer volver; no puede
ser posible el pasado; no puede ser posible
morder en este octubre sólo un viento que escapa.
No puede ser posible.

Todos los vientos negros se esparcen por la tierra;
los amantes regresan, sus pasos no han dejado
huella en el pavimento; un huracán de sombras
-entre rojos deseos- pasa por la desnuda
tierra absorta; la cosecha de ruinas
de otoño se ha extendido; la presencia del frío
corta silencios, hace que vuelvan los recuerdos
y que, en la noche, se unan los amigos pasados
para invocar los nombres de aquellos que –vividos-
no volverán; la lluvia ha remontado
los cielos ciegos; la serpiente escondida
del deseo insaciado aguarda silenciosa;
todos los vientos negros se esparcen por la tierra;
lo que creímos nuestro era extraño y lejano.
Hasta que el tiempo muera ya nada volverá.

Ya en la distancia llevas
todo, viento incesante. Adiós en la distancia;
adiós, viento furioso, cubre de negro eterno
las casas solitarias, levanta tumbas; muerde
enamorado, polvorientos huesos;
huye cantando con voz enronquecida
por las columnas solas de la tierra desierta;
y mientras corren, corren desorientados
los ríos en otoño, adiós, viento incesante,
me iré, me iré, me iré con ellos.

No sé si he de volver.

Vagabundos en la noche

Te llama el sur esta noche, te llama como nunca
el corazón secreto de la lluvia, te llama un perfume
dejado en la distancia y que regresa ahora.

¿Hay algo para el cuerpo que espera con nostalgia,
algo para su sed, para el canto que escapa;
hay algo, viene algo por el cielo, no oculta la cordillera
nuestra pregunta insomne, no guarda su pecho oscuro
la respuesta a ese tiempo que desde el mar avanza?

¿Es eso lo que recuerdas, es ese ser oculto que por las calles canta,

es ese vagabundo que duerme en la basura,

con los zapatos rotos y la cara hacia el cielo,

en una horrible mueca?

¿Es eso lo que recuerdas, es eso que por las ramas
insiste en la primavera:

la joven esposa muerta, la huella de los hombres
en el parque mojado? ¿Era eso en la noche,
eran las luces secas de brillos petrificados
en las calles del lujo?

Para ti, tierra, las vidas de los hombres solitarios,
los niños harapientos jugando entre la lluvia,
los nombres, las fechas y las personas muertas;
para ti las tormentas, las colinas purpúreas,
las castañas en duros zurriones afilados,
las lámparas en grandes
habitaciones, los vientos,
los vientos sobre plazas desiertas,
mientras las hojas secas en el sediento asfalto
acumulan la futura lluvia que aparece.

Es cierto: porque cuando pasas sobre la noche;
cuando, sigilosamente, aparece la lluvia,
y recuerdo los seres que pasaron,
el calor de unas sienes doradas por el vino;
cuando cruza el otoño -rojo de furia triste-
por semáforos, autobuses, tiernas escalinatas,
¿hay algo en esa cara que interroga hacia el aire
de un día que soporta otro día lejano?

Para aquéllos las luces llenas de terciopelo,
las sibilinas voces de perfumes, las vagas
promesas de placer en cálidos recintos;
para ellos las noches de promesas ocultas,
las estampas de un invierno pasado,
el entierro lejano, el humo
sobre el parque. Papeles enloquecidos
caen hacia un otoño rabioso que se acerca.
Están sobre los puentes acumulando angustia,
el agua tiene secos reflejos afiebrados,
sus ojos se adormecen, fiebre y frío penetran
los ansiados retornos que por el río pasan.
¿Qué han perdido en las noches,
en la esquina poblada qué interrogan sus caras?
Hablan del mar cercano (el viento se estremece,
el viento cruza y pasa) y apretados esperan
un ayer imposible para un futuro incierto.

Tierra, tierra sobre deseos, sobre puentes y ramas,
sobre arenas desiertas, sobre pasos que mueren,
¿qué buscas, qué esperas
para alcanzar un rostro, un harapo, una mano quemada
por la moneda avara? ¿Es que esperas sus muertes
en la noche, sólo sus vidas hoscas
consumidas sin haber conocido
el hueco de un calor,
el sueño sin temores, el alba
por fin mágica y buena?

Visión de la muerte en primavera

Por la ventana baja un oro verde antiguo.
Mañana de otro tiempo, algo faltaba entonces
cuando en la piel ardiente de la playa
adivinaba tus pasos, tus suaves pasos de doncella,
tu inmensa mirada de nostalgia
tras los ojos marinos de pupilas terrestres.

Fluye, río, mientras termino de cantar.
Duermen los pasos del hombre que ha partido.
Duermen las duras piedras bajo la dura luna.
Duermen las mesas donde el mantel se olvida.
Duerme el aguamanil porque la mano falta.
Fluye, río, mientras termino de cantar,
mientras termino de cantar fluye en la sombra.

Como un viento helado
vuelven las lejanas ausencias sobre el cuerpo.
Alguien está contando sonrisas en la playa,
y mientras un viento extraño sacude los jóvenes cabellos
la doncella extasiada contempla la espuma frágil.
Fluye tenuemente mientras termino de cantar.

Canta en el clavecín, cerca de la ventana;
canta, por fin, tu extraña melodía;
lanza tu canto sobre las yemas jubilosas
en un octubre ausente, rabioso por los muslos;
muerde el silencio tuyo tras los hombros cansados,
oh lejana en un mar poblado de misterios.
Fluye, fluye, río, fluye mientras termino de cantar.

Ruinoso mes, espera las formas juveniles
temerosas alentar con angustioso deseo: las dormidas
en los viejos trenes, las que vuelven
de la nieve con lesbianas ingenuas:
varias muertes en una sola muerte.

No hay nada entre los días:
los días apenas dejan
un rumor de voces turbias,
la sonrisa del magnate satisfecho,
el charlatán magnético en la esquina poblada.
Y mientras un día se besa con un día,
y el viento arrastra las hojas como siempre,
y, de improviso, surge cristalino
arrebata trozos de azul intenso,
entonces tú sobre la tierra
como la mano sobre el vidrio nebuloso.

Fluye, río, tenuemente, mientras termino de cantar.
Mientras la ausencia me dice que alguien querido ha muerto,
por los días dorados de promesas,
tenuemente desliza mi cuerpo mientras duermo.
Fluye mientras termino de cantar.

[Facilitado por la Universidad de Chile](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

